

## Leopoldo de Trazegnies Granda

Lima (Perú), 1941

<http://www.trazegnies.arrakis.es/>

\* \* \*

### AUTOBIOGRAFÍA SATÍRICA

Nací en la habitación número 13 de la Maternidad de Lima. Cuando todos mis deudos esperaban la primera niña de la familia llegué yo dotado de sexo masculino, como no estaba en mis manos cambiarlo me limité a pedir disculpas.

Me crie con las nativas de la región que para dormirme me ponían flores de adormidera debajo de la almohada de la cuna, mi contacto con las drogas fue pues prematuro y poético, de manera que en la pubertad ya encontré groseras e inútiles las drogas en pastillas o polvos. El único alucinógeno que he seguido consumiendo ininterrumpidamente es la literatura.

Mi madre, que nunca se resignó, me vestía de mujercita o de algo tan ambiguo que nadie sabía lo que era hasta que me preguntaban mi nombre y yo respondía «Leopoldo», que es nombre de niño gordo, y la gente se quedaba desconcertada, especialmente mi tía Areopagita que por haber vivido en Francia me recomendaba decir mi nombre en francés: Léopold, que sonaba mejor. Yo repetía «Leopoldo», trabucando y sin vocalizar, para que saliera algo así como «Pototo», apodo por el que siempre se me conoció en la familia. Pero el hecho de que mi madre me arreglara como a una niña tenía sus ventajas, creo que ha sido la única vez en mi vida que llegué a ser guapo peinado al estilo de un querubín de Murillo. Los primeros libros que leí fueron los de la Condesa de Ségur que me daba mi madre. Ella, aunque limeña, pertenecía por afinidad a la cultura francesa, como mi padre que era belga.

Mis padres jamás me impusieron el idioma francés que hablaban entre ellos, por eso mi lengua materna fue el español, el buen castellano de la servidumbre que me tenía a su cargo.

Posteriormente me malformaron en un colegio jesuita donde intentaron sin éxito convertirme en un ciudadano normal, es decir unidireccional y competitivo, hasta que, impotentes, terminaron expulsándome. Apenas terminé mis estudios secundarios logré evadirme de posteriores compulsiones y viajé a España en tercera clase del vapor Usodimare. Mi intención era estudiar Derecho, tal vez para proveerme de un arma defensiva. No lo logré.

En Madrid colaboré en revistas universitarias. Gané un concurso de cuentos de la revista Familia Española y me dieron las únicas mil pesetas que he ganado a lo largo de mi existencia por darme el gusto de escribir. Empecé a plasmar mis observaciones sobre el mundo que me rodeaba de forma gratuita como corresponsal de un periódico peruano. Dado que eran tiempos sin libertad sufrí la persecución de la censura franquista. Emigré a Bélgica donde en invierno trabajé de quitanieves automovilístico y en verano de bombillero urbano, es decir, quitaba la nieve de los coches y cambiaba las bombillas fundidas de las farolas públicas, respectivamente. En París tuve la suerte de conocer al iconoclasta peruano L. Tamaral y establecer con él una amistad que tuvo fructífera continuación muchos años después en Sevilla. En esa época, una casualidad puso en mis manos un artículo sobre el futuro de la informática y me dediqué a estudiar con ahinco tan innovadora técnica.

Viajé, me casé, tuve hijos, volví a España para retirarme a Las Hurdes cultivando lechugas y criando gallinas. Abandoné el campo cuando mi mujer y mis vástagos llegaron al borde de la muerte por inanición. Entonces decidí meterme en la boca del lobo y empecé a trabajar para una multinacional. Mi periplo por las grandes empresas de ordenadores fue amplio. Recorrí el espectro informático desde las tarjetas perforadas hasta los portátiles actuales. Pero siempre encontré un momento para escribir. Me otorgaron una mención honrosa en la II Bienal de Poesía de Panamá en 1972. Quedé finalista del premio de novela corta del Ateneo de Valladolid en 1974 (pero sospecho que esta distinción se debió a un error, creo que el jurado confundió mi apellido con el pseudónimo de un novelista argentino, a juzgar por la cara de asombro que puso el presidente al recibirme en la cena de gala de la concesión del premio). Entonces decidí no volverme a presentar a ningún concurso literario.

En 1977 me radiqué definitivamente en la comarca de Los Alcores de Sevilla, en los alrededores de Alcalá de Guadaíra, donde he residido hasta hoy acompañado de mis libros, los que heredé de mi padre, los que me dejó en calidad de albacea mi amigo y maestro L. Tamaral y los pocos que yo he ido acumulando por mi cuenta.

## **PUBLICACIONES**

### Prosa

- *Conjeturas y otras cojudeces de un sudaca (Ensayo) (1996)*
- *La lámpara de un cretino (2000)*
- *La carcajada del diablo (2001)*
- *Bulevar Proust (2002)*
- *Pasajeros de otros barcos (2004)*
- *La tentación del silencio (2006).*
- *Los Alcores. Crónicas visueñas (2009).*
- *Cuando yo era sordo no oía el paso del tiempo (2010).*
- *El podador de rosas (novela) (2010).*
- *A los leyenderos de Cervantes & Cía. (Ensayo) (2010)*

### Obra poética

- *De las casas que nos poseyeron y que fuimos abandonando (Mención honrosa de la II Bienal de Poesía, Panamá 1972)*
- *Versos del oriental (Premio Acentor de poesía, 1982).*
- *Cinco poetas antiguos desconocidos (Selección y notas. Sevilla, 2008).*
- *Para después de la luz (Antología de poesía). (Selección y notas. Sevilla, 2010).*

\* \* \*

## Entrevista

**NARRATIVAS:** *Hasta el momento actual, podría decirse que tu vida ha sido un trasiego continuo que te ha llevado a residir en varios países (Perú, España, Bélgica, Francia...) y a desempeñar un buen número de ocupaciones. ¿Qué papel ha jugado en este aspecto tu actividad de escritor? ¿Cómo se ha alimentado de todo ello?*

**LEOPOLDO DE TRAZEGNIES GRANDA:** Abandoné el Derecho totalmente decepcionado y me dediqué a la Informática atraído por su faceta creativa. Eran los pioneros años 60, todo estaba por hacer, había que programar y diseñarlo todo, más tarde mi trabajo técnico se convirtió únicamente en mi ganapán. La universalidad de los ordenadores me permitió residir en distintos lugares del mundo, hasta que al fin me radiqué en Sevilla. La literatura se nutre de experiencias y he adquirido mucho de los países por donde he pasado, pero creo que las principales experiencias se obtienen en los primeros años de la vida, al descubrir que uno está vivo, las experiencias posteriores complementan, modulan, enriquecen las primeras impresiones, pero uno sigue siendo el mismo vaya a donde vaya. Se escribe desde la cuna.

**N.:** *Una de las cosas que primero llama la atención de tu trabajo literario es que te autoeditas tus propios libros y que además los pones a disposición gratuita de los internautas. ¿Qué es lo que menos te gusta del negocio editorial y cuál es tu posición personal respecto al mismo?*

**LTG.:** Las grandes editoriales no tienen objetivos culturales sino comerciales. Autoeditándote, o publicando en pequeñas editoriales, no estás sometido a las exigencias del mercado, tienes plena libertad para publicar lo que quieras. Por eso yo ni siquiera lo he intentado en las editoriales tradicionales. Animo a todo el que escriba a autoeditarse. Hoy en día, con las nuevas tecnologías es fácil y barato. Es verdad que la difusión es muy pequeña porque las distribuidoras son inaccesibles, tienen los mismos objetivos que las editoriales. De hecho, yo regalo mis libros y lo puedo hacer porque no vivo de ellos. También los pongo en Internet gratuitamente con lo que consigo una difusión mucho mayor que si estuvieran en una librería.

**N.:** *Cultivas varios géneros literarios (narrativa, ensayo, poesía, memorias...). ¿Hay alguno en el que te sientas especialmente a gusto?*

**LTG.:** Tengo la manía de mezclarlos todos. En mis cuentos hay memorias, en mis ensayos poesías, mis poemarios contienen falsas biografías... para mí lo ideal sería la literatura total, un reflejo de la vida que abarque todo y de forma simultánea.

**N.:** *Tu obra poética está estructurada por medio de un juego de heterónimos donde pones voz a diversos poetas desconocidos. ¿Por qué ese juego de varias voces en vez del uso de la tradicional voz de un solo autor?*

**LTG.:** Invento heterónimos que escriben y actúan por mí para ocultar el pudor que me produce expresar mis sentimientos en primera persona. Por eso la mayoría son poetas. Me proporcionan la gran ventaja de no estar limitado al espacio y al tiempo en el que escribo. Tengo heterónimos que vivieron en Grecia, Roma o en la Granada nazarí. Algunos de mis heterónimos se pasean por Internet con tanta desenvoltura que yo podría parecer una criatura suya y otros han creado a su vez sucesivos heterónimos formando una red de personajes ficticios, es una literatura virtual en la que yo me he desdoblado y me encuentro muy cómodo.

**N.:** *Tu formación académica es la de informático, aparentemente poco relacionada con el oficio de escribir. Teniendo en cuenta todas las posibilidades que brindan los diferentes procesos digitales a la hora crear y producir textos literarios, ¿es descabellado pensar que estas nuevas herramientas podrían acabar derivando en nuevas formas de enfrentarse a la escritura, de entender el esqueleto mismo de la literatura?*

**LTG.:** Si Kandinsky viera las posibilidades combinatorias de formas y colores que puede producir un ordenador se volvería loco. Sin embargo no creo que la influencia de los ordenadores haya sido decisiva en la pintura contemporánea. Lo mismo pasa en la literatura. No creo que un ordenador mejore el estilo, todo lo más nos permitirá escribir sin faltas de ortografía y con un vocabulario más amplio. La «inteligencia artificial» no puede sustituir a la «inteligencia emocional», la literatura nace de esta última.

**N.:** *Aparte de la distribución en sí de los libros y el mínimo costo que supone su publicación digital, ¿qué posibilidades ofrece actualmente Internet a los que, como es tu caso, prefieren mantenerse al margen de las exigencias del clásico mercado editorial en papel?*

**LTG.:** Yo actualmente mantengo una Web que ha superado el millón de visitas y los dos millones y medio de páginas leídas. Una media de mil internautas entran todos los días a revisar mis páginas. Jamás podría soñar con una difusión en papel de esa magnitud. Lo cual no quiere decir que yo reniegue del libro impreso. Son dos soportes distintos y complementarios. Cada vez se leerá más en Internet a medida que se perfeccionen e introduzcan los nuevos dispositivos de lectura, pero el libro tradicional no desaparecerá, de la misma manera que no desapareció el teatro cuando se inventó el cine. Es más, seguramente subirán también las ventas de libros porque habrá más lectores.

**N.:** *Tu obra narrativa y ensayística parece caracterizarse por un cuestionamiento continuo de las bases sobre las que se sostiene el consenso colectivo, de los tópicos que se aceptan acríticamente por la mayoría sin importar si están o no dotados de verdadero sentido.*

**LTG.:** Exactamente. No se puede aceptar la interpretación unívoca tradicional con todos sus tópicos. La literatura está viva, el día que dejemos de debatir sobre el Quijote, don Alonso Quijano el Bueno estará definitivamente muerto. Cuando Unamuno dijo que el fanático hidalgo era el estereotipo de lo español nos hizo un flaco favor, en cambio cuando se toma al personaje como una sátira de lo hispano (incluyendo Hispanoamérica), crece Cervantes. De la misma manera la obra de Tirso o Zorrilla cobra mayor importancia si en lugar de ver a Don Juan bajo el tópico de un poético seductor lo vemos bajo la crítica a un cretino que engaña y abusa por razones tal vez patológicas. La literatura se humaniza al despojarla de sus tópicos. Esa es mi posición, tanto ante los clásicos como ante los contemporáneos. No hace falta que mencione la cantidad de novelas deleznable que hay actualmente en el mercado que por motivos ideológicos o comerciales son elogiadas por la crítica especializada. En mi opinión, siguiendo a Piglia en su magnífico ensayo *El último lector*, se debe considerar al lector como un descifrador, como un intérprete. Visto así, es también un cuestionador y un revelador de ideas. Somos lectores activos, es decir, transformamos el texto de acuerdo a nuestra propia imaginación y experiencias, por tanto también somos corresponsables de las obras que elegimos.

**N.:** *¿Qué hay en la cabeza de Leopoldo de Trazegnies antes de ponerse a escribir?*

**LTG.:** Un insensato deseo de compartir lo inefable.

**N.:** *Como lector, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en castellano y tus autores favoritos?*

**LTG.:** Me gusta la literatura satírica, creo que toda buena obra, por seria que sea, debe contener elementos satíricos en mayor o menor medida. De los clásicos me gusta la picaresca, creo que fueron los primeros valientes que se autobiografiaron para ridiculizar con ingenio las absurdas

costumbres de la época. Quevedo me parece el más grande, sobre todo por su riquísimo vocabulario y después Mateo Alemán, y Cervantes dentro de su singular género satírico.

**N.:** *Por último, ¿en qué proyectos literarios está ahora trabajando Leopoldo de Trazegnies?*

**LTG.:** Siempre estoy en varias cosas a la vez. Por un lado, querría sacar una biografía completa de uno de mis principales heterónimos que ha llegado a la ancianidad, por otro, estoy escribiendo unas fábulas donde lo natural no siempre es bueno y lo que está fuera de la Naturaleza no siempre es malo. Es decir, como la cultura por ejemplo, donde leer no es algo natural pero es bueno y un tsunami forma parte de la naturaleza pero es pésimo. El título provisional de estas fábulas sería *La camada infiel*. También estoy barruntando escribir algo sobre ese místico rebelde que fue León Felipe, un poeta muy mal conocido.

\* \* \*

Relato

## RELATOS

por Leopoldo de Trazegnies Granda

### EL SOFÁ AMARILLO

En el Perú, que es un país de soñadores, existe el vicio de dormir en los transportes públicos. Ver un autobús con todos sus pasajeros dormidos es como si pasara una nave de sonámbulos, pero no, son hombres y mujeres que van o vuelven del trabajo, excepto el chófer, que finge poses de Caronte. También se duermen de pie mientras esperan o sentados en los bares con la cabeza metida en un periódico.

La primera vez que vi a una persona aquejada de este mal, o bien, según se mire, fue a mi tía Constancita, la casada más joven de mis tías. Al terminar los almuerzos familiares de los domingos en casa de mis abuelos se arrellanaba en un extremo del sofá amarillo y se quedaba lívida como una virgen de nieve, mientras a su alrededor continuaban bullendo las conversaciones de sobremesa.

Más tarde he visto a gente dormida en estaciones, aeropuertos y consultas de médicos, hasta he visto a una muchedumbre que había sido congregada para una manifestación en el Campo de Marte de Lima quedarse dormida sobre el césped esperando al líder-orador que no se presentó. Pero no recuerdo haber visto a nadie dormido con la belleza y serenidad que se desprendía de mi tía Constancita en la casa de mis abuelos.

Mi curiosidad, lanzada desde debajo de la mesa de la radio como un dardo invisible hacia sus párpados cerrados atravesando sus rodillas, era siempre la misma: ¿en qué sueña mi tía Constancita?

Para mi asombro, un día sus sueños se materializaron ante mi vista. Apareció andando al borde del mar vestida con largos tules sueltos al viento. A juzgar por la arquitectura de las casas y hoteles que daban al paseo marítimo se podría pensar que estaba en un balneario europeo, en invierno. Ella se reía moviendo las manos como si quisiera echarse aire a la cara y le hacía gestos a alguien para que se acercara. Entonces apareció un hombre del que yo no podía distinguir su rostro, tal vez porque estaba a contra luz y el brillante resplandor del horizonte me deslumbraba. Comprobé que las puestas de sol también me producían melancolía en sueños. Todo acabó cuando mi tía se despertó sobresaltada, miró a todos, me sonrió como si me viera y se volvió a dormir. Yo me quedé perplejo.

Al domingo siguiente casi no pude terminar de tragar el pan del desayuno, había pasado toda la semana esperando ese momento, ni siquiera me importó que mi madre se empeñara en ponerme esa camiseta de marinero que me quedaba tan ridícula. En la casa de mis abuelos me escabullí de la cocina donde almorzábamos juntos todos los primos y sacrificando el postre me fui anticipadamente a mi habitual escondite de la sala. Era una mesa redonda de tres patas, soportaba un aparato de radio voluminoso que mi abuelo sólo encendía para escuchar las noticias. Al lado había un negrito de madera de tamaño natural que con una mano ofrecía cigarrillos y con la otra sostenía un cenicero como un botones de hotel, de manera que yo podía sentarme sobre sus zapatos de charol. Cubría la

mesa un paño con encajes que me permitía observar lo que sucedía en la sala sin ser yo visto. El corazón me daba brincos en el pecho mientras las cosas sucedían tal como las había planeado: al salir del comedor mis tíos, como de costumbre, se fueron sentando en los sillones en animada conversación mientras mi tía se arrellanaba otra vez en el extremo del sofá amarillo y cerraba dulcemente los ojos.

Apareció en la misma playa, era ya verano, llevaba un ceñido bañador rojo, estaba echada boca abajo sobre la arena, el trasero un poco levantado como si tuviera apoyado el pubis en un pequeño montículo, jugaba a alisar la arena con los codos. Como una figura simétrica se encontraba el mismo hombre de la última vez, echado cabeza con cabeza, hablando sin mirarse. A la orilla del mar jugaba un niño con una pelota. Mi tía se despertó en el instante que yo estaba a punto de reconocer al hombre y se volatilizó la escena. Me quedé quieto debajo de la mesa hasta que encontré la oportunidad de salir aprovechando que se pusieron de pie todos mis tíos para despedir a uno de ellos.

Esperé con ansiedad que llegara el domingo siguiente. Nuevamente desde mi escondite observé el final del almuerzo de los hermanos de mi madre, algunos salían del comedor con la tacita de café en la mano y se acercaban a coger un cigarrillo del negrito. Mi tía Constancita se dirigió directamente al sofá amarillo cruzando por la alfombra de alpaca blanca y sin apenas bostezar se quedó dormida al mismo tiempo que yo empezaba a divisar la playa de las semanas anteriores. La vi esta vez de espaldas, estaba sola, sentada frente al mar, con un vestido amplio de colores. Por las tonalidades de grises de las nubes se adivinaba que era otoño. El niño que jugaba a la orilla llevaba una camiseta de marinero igual a la mía. Yo no podía ver la expresión que ella tenía pero estaba seguro que estaba alegre y lo llamaba. El niño se acercó corriendo, cada vez estaba más cerca, más cerca, hasta que lo sentí encima: y descubrí que era yo mismo. Mi tía en ese momento dio un respingo en el sofá y me buscó con la mirada debajo de la mesa, cuando nuestros ojos se encontraron a través de los encajes me sonrió divertida.

A partir de ese domingo, mi tía Constancita, me hacía sitio a su lado en el sofá amarillo y soñábamos abrazados mientras su marido contaba animadamente chistes al resto de mis tíos.

\* \* \*

## **LA MUCHACHA**

Se abrió el escote del mandil y de sus amplios pechos asomó un pollito. La bombilla de 25W de la cocina iluminó su pelusa amarilla sobre la piel morena de la muchacha.

Yo tenía unos ocho o nueve años y serían las siete de la tarde.

Ella sonrió entusiasmada y me pareció que bizqueaba de placer.

—¿Es tuyo? —le pregunté.

—Sí. He incubado un huevo entre mis pechos y ha nacido.

—Entonces es tu hijo —le dije con incredulidad.

—Claro —afirmó metiéndoselo delicadamente en el sostén.

Yo no había despegado mis ojos de sus pechos y alcancé a vislumbrar un pezón oscuro. No había nadie en mi casa. Mi madre había acudido a uno de los habituales cocktails diplomáticos acompañando a mi padre.

—Déjame verlo de nuevo —le pedí.

—Cuando seas mayor —me respondió con picardía.

En ese momento sonó el timbre. Era el jardinero que venía a buscar una podadora, según explicó. La muchacha lo acompañó al trastero que estaba en el patio al lado de su dormitorio.

Seguidamente oí piar al pollito. Atisbé por la ventana de la muchacha que daba al patio y vi que el pollito andaba suelto por su habitación, saltó a la cómoda, se miró al espejo y no paraba de piar como si fuera un juguete de cuerda.

Semanas después mi madre se alarmó al ver que el vientre de la muchacha se empezaba a abultar.

Lo comentaba con mi padre cada vez más irritada.

–Es que ha tenido un hijo –me atreví yo a aclarar el misterio un día a la hora del almuerzo.

Mi padre me miró con hosca perplejidad:

–¡Tú que sabes! –me increpó.

–Empolló un huevo en sus pechos –insistí.

Mi padre entonces me castigó sin salir de mi cuarto.

Cada mañana mi diversión favorita consistía en atisbar a la muchacha cuando se duchaba para ver si le seguía creciendo la barriga. Me sorprendía que el agua resbalara por su cuerpo dejándole el ombligo seco.

Una madrugada me desperté al oír ruidos y carreras en la planta baja. Los perros ladraban detrás de gente desconocida. Desde la ventana distinguí al jardinero y a otros como él que se movían nerviosos a la entrada de la casa. Entre todos se llevaron a la muchacha echada en una manta. Días después apareció ella con un bebé de ojos vivos en brazos.

Mi madre la recibió en el jardín. Vi que le negaba algo con la cabeza y que luego le entregaba una bolsa con la ropa que yo ya no me ponía.

\* \* \*

## **EL HUÉSPED**

Al llegar a la costa me asaltó el presentimiento de que su verdadera intención no fuera comprar el piso que le ofrecía. Habíamos quedado por teléfono. Al hablar con ella me llamó la atención su voz fría, como si sus cuerdas vocales fueran una aleación entre acero y seda, pero agradable.

Me dijo que no tenía coche, por eso me comprometí a llevarla. Vivía en un barrio anodino de la ciudad, me sorprendió que saliera con un niño con gorrita de la mano para pasar el día de playa y que en la otra llevara una maleta. Por la autopista cruzamos algunas frases intrascendentes sobre los inconvenientes de las grandes ciudades y las ventajas de vivir al borde del mar. Le comenté que mi situación familiar había cambiado y que por eso deseaba vender el piso. El niño se mantuvo callado con expresión alucinada durante todo el trayecto. Al cabo de una hora de viaje llegamos a la puerta del edificio del ático donde yo había vivido tantos años con mi ex mujer y que después del divorcio había puesto en venta. Se lo señalé con la mano: «Ese es ¿lo ve? el que tiene los geranios en la terraza».

Me dispuse a entrar al zaguán pero ella me detuvo con un gesto suave y suplicante para preguntarme: «¿No le importaría que vayamos primero a la playa? Es por mi hijo, sabe, para que disfrute un ratito del sol, el pobre siempre está encerrado».

Le indiqué cómo cruzar el paseo para bajar al mar y me disculpé de no acompañarla porque quería arreglar algunas cosas en el piso. Le entregué en un papel la dirección exacta de la vivienda para que no se produjera ningún equívoco y convinimos en que allí la esperaría para mostrársela al final de la mañana.

Una vez arriba me asomé a la terraza y pude distinguir a la madre con el niño entre los bañistas. Habían alquilado una tumbona y una sombrilla y parecían disfrutar sin preocupaciones de la brisa del mar. Ella se había quitado el ligero vestido que traía puesto quedándose en bañador rojo y gafas oscuras y el niño jugaba con una pelota hinchable a su lado. Estuve toda la mañana embalando los últimos libros que me quedaban en las estanterías y al ver que la posible compradora del piso no subía como habíamos quedado volví a asomarme a la terraza y me sorprendió comprobar que la sombrilla y la tumbona estaban vacías.

Bajé con temor a que se hubieran perdido, recorrí toda la playa y calles adyacentes hasta que de pronto distinguí al niño haciéndome señales desde un chiringuito. «Es que siendo la hora que es pensé que podíamos comer algo aquí» me dijo ella disculpándose y acariciándole la cabeza al niño. Me senté a su lado y me pedí una ración de chocos y una cerveza. Al finalizar el almuerzo ella me dejó pagar lo suyo sin hacer el menor intento por impedirlo. Empecé a sospechar que había sido

objeto de un inocente timo y que le estaba costeando un soleado día de playa a una desconocida con su hijo.

Nos dirigimos al piso después de comprarle un helado al crío. Ella tuvo el detalle de limpiarle bien los pies de arena a su hijo y de sacudir sus sandalias antes de entrar. En el interior le ofrecí el teléfono por si quería avisar a su marido que estaba bien, pero rechazó mi ofrecimiento con la cabeza y la oí decir entre dientes «Mi marido me puede esperar sentado». Seguidamente observó todo detenidamente como si estuviera pintando las paredes con la mirada, luego se acercó a la ventana del dormitorio principal y el mar se reflejó pálidamente en sus gafas de sol. Contrastaba su expresión de tristeza con la luminosidad del día. «Es muy bonito» susurró. Abrió los armarios y los volvió a cerrar con delicadeza, comprobó el agua caliente del fregadero, abrió la nevera y al verla vacía sonrió. Una vez terminada la inspección me dijo: «Le quiero hacer una propuesta». Asentí temeroso con la cabeza. «Alquílemelo por una noche», me dijo. Al oírla me desconcerté sin saber qué responderle. ¿Por una noche? Ella esperaba con serenidad mi respuesta observando las imperfecciones del parquet del suelo. «Sí, sólo una noche», insistió al ver mi turbación.

A pesar de que mi decisión era volver ese mismo día a la ciudad, accedí a su petición porque me pareció razonable, supuse que antes de decidirse a comprarlo quería comprobar los ruidos y los inconvenientes que podía tener. No era mala idea, yo mismo había pensado muchas veces que era la forma ideal de comprar una vivienda. La dejé allí con su hijo no sin antes decirle que si necesitara cualquier cosa que no dudara en llamarme al móvil. Y yo me fui a pasar esa noche al hotel.

A la mañana siguiente y entrar con mi propia llave me sorprendió advertir que mi silenciosa huésped parecía no tener la menor intención de abandonar ese día mi piso. Había colocado su ropa en los armarios, la repisa del baño estaba ocupada por su dentrífico, peines, cepillos y demás artículos de aseo y su bañador rojo y el pantaloncito azul de su niño estaban tendidos en la terraza. Me ofreció un café y al abrir la nevera aprecié sorprendido que estaba llena de alimentos que había comprado esa misma mañana antes de mi llegada y que a simple vista se observaba que eran provisiones para varios días.

«Veo que se ha instalado usted como si fuera a quedarse toda la vida» bromeé y ella me respondió con una amplia sonrisa que me inquietó. Luego se dispuso a hacer la comida y almorzamos en silencio. Guisaba bien, le agradó que yo elogiara su comida servida en la vajilla de la que fuera mi esposa. Por la tarde salió con su niño a visitar la parte histórica del pueblo y yo la esperé leyendo un libro de Italo Calvino que había dejado suelto para cubrir los ratos libres. Volvió pronto. Le agradecí la cortesía de no haber tardado mucho, eran como las seis de la tarde, entonces le inquirí nuevamente si le parecía bien que partiéramos de regreso a la ciudad en ese momento, era buena hora, nos evitaríamos los atascos de la entrada que se producen a partir de las ocho. No obtuve ninguna respuesta concreta. Después de varias indirectas renuncié a continuar insistiendo porque su mirada implorante cada vez que yo miraba el reloj o hacía mención al viaje de regreso me desarmaba. Seguimos pasando la velada en silencio, disfrutando del aire de mar en la terraza y de una magnífica puesta de sol. Ella se había cambiado poniéndose una bata de seda que le daba cierto aspecto oriental. Nos reímos contándonos anécdotas de viajes y comentando lecturas de la infancia.

Terminada la cena frugal de un vaso de leche y unas pastas que ella, según me contó, acostumbraba a tomar todas las noches con su niño, me dijo: «No hace falta que se vaya al hotel esta noche, la habitación de huéspedes no la utilizamos, puede quedarse a dormir aquí». De repente tuve la sensación de que aquella mujer se había convertido en la propietaria del piso y yo era su huésped. Sin embargo su propuesta me pareció sensata, ya era muy tarde para partir, y acepté. A la mañana siguiente encontré el desayuno exquisitamente preparado en la terraza y a ella esperándome sentada en la mecedora con la misma bata de seda de la noche anterior que a la luz del sol parecía transparente. «Creí que no se iba a levantar nunca», me comentó sonriendo.

Desde entonces han pasado veinte años y Marcela, que así se llamaba aquella mujer, es actualmente mi esposa. Su niño, Alejandro, es un reputado abogado de la localidad. Decidimos no vender el piso y quedarnos a vivir en él toda la vida.